

El arte en el espacio público: interdisciplinariedad y convergencia

Johanna Hamann

ABSTRACT

Addresses the concept of artistic discipline, its contact with other disciplines and what involves applying an interdisciplinary approach. Holds that interdisciplinarity makes it possible the relationship of artistic disciplines with other fields of knowledge such as architecture, urbanism, design, administration, management and history enabling solutions in public contexts. This interaction and the implementation of appropriate strategies create social and sensitive contents that give art the means to exist within the city. Argues that the presence of art in public spaces generates behaviors, practices, rituals and confrontations that foster a sense of community while shaping the environment. The aim of interdisciplinarity enable citizens to enjoy urban contexts as places to be shared and lived.

Keywords: Art, Interdisciplinarity, interdisciplinary work, Public space, City, Urbanism.

RESUMEN

En este texto se aborda el concepto de disciplina artística, sus puntos de encuentro con otras disciplinas y el trabajo interdisciplinario. Además, se plantea la interdisciplinariedad como las posibles relaciones de las disciplinas artísticas con la arquitectura, urbanismo, diseño, administración, gestión e historia, con el propósito de viabilizar soluciones en contextos públicos, donde esa interacción, y la creación de estrategias adecuadas, organizan contenidos sociales y sensibles para que el arte exista dentro de la ciudad. Así mismo, se señala que la presencia del arte en el espacio público genera conductas, costumbres, rituales y confrontaciones que crean sentido de comunidad a la vez que configuran el entorno, siendo la meta de la interdisciplinariedad que los ciudadanos disfruten el contexto urbano como lugares compartidos y configurados para ser vividos.

Palabras clave: Arte, Interdisciplinariedad, Trabajo interdisciplinar, Espacio público, Ciudad, Urbanismo.



Arte y disciplina artística

El arte, visto con una intención integradora, es esa manifestación vital del hombre que le permite acceder al espíritu y formar parte de algo superior a él mismo a través de relaciones complejas. Como dice Wilhelm Worringer (1983):

La creación y la vivencia artística significan el ejercicio de una función anímica enteramente nueva que se va adueñando entonces de la existencia. Y sólo a partir de este momento crucial de la transformación se puede hablar de lo que llamamos goce artístico; sólo a partir de entonces el profundo aliento del corazón es inseparable de toda actividad artística (p. 23).

En ese sentido, y desde las experiencias vividas como artistas plásticos, definiremos el término “disciplina artística” como el medio a través del cual se revela el impulso primordial del proceso creativo. Para ello, abordaremos el concepto de disciplina artística, sus puntos de encuentro con otras disciplinas y el trabajo interdisciplinario. Es conveniente aclarar en este punto que si bien el concepto de “disciplina” se entiende como la especialización de una materia específica, delimitada por la especificidad de conocimientos, experiencias, principios y reglas, no necesariamente todas las disciplinas pertenecen al ámbito de lo artístico. Así, la interdisciplinariedad se plantea aquí como las posibles relaciones de las disciplinas artísticas con otras, como la arquitectura, urbanismo, diseño, administración, gestión e historia, con el propósito de viabilizar soluciones en contextos públicos. Para comenzar, es importante señalar que el hombre se distingue cuando crea la herramienta porque resuelve así la tensión que le impide la realización de una función determinada. Este proceso se inicia con un fin utilitario en el que la técnica modifica y adecúa la materia prima. Además, es indudable que al emprender este quehacer se conecta la mente con la capacidad de crear lo que se imagina y necesita, motivado por el imperativo de verlo y usarlo. En este caso, la forma es la función.

Antes de definir si los “distintos modos de hacer” son disciplinas, precisaremos lo que denominamos “hacer arte”. El concepto de arte generalmente lo percibimos y entendemos en relación con su encarnación en un objeto, representación, idea o manifestación. Nosotros creemos que el sentido de lo artístico va más allá de la materia que lo refleja porque lleva implícito la necesidad vital de trascender. Como bien lo expresa Worringer (1983):

Por voluntad artística absoluta hay que entender aquella latente exigencia interior que existe por sí sola, por completo independiente de los objetos y del modo de crear, y se manifiesta como voluntad de forma. Es el momento primario de toda creación artística; y toda obra de arte no es, en su más íntimo ser, sino una objetivación de esta voluntad artística absoluta, existente a priori... (p. 23).

Si consultamos la definición del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española encontramos que arte es la: “Manifestación de la actividad humana mediante la cual se expresa lo real o se plasma lo imaginado con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros”. De igual modo, también dice que es la: “Capacidad, habilidad para hacer algo”. Vemos entonces que el arte, además de ser una manifestación, también significa una capacidad para manejar los recursos pertinentes que permiten mostrar el ideal que se trata de lograr.

Sobre nuestro proceso creativo hemos señalado que:

Destruir, desmembrar, descuartizar, y volver a crear relaciones y formas en el espacio es el camino propicio para coincidir con lo que uno desea revelar. La búsqueda a ciegas de este acoplamiento nos exige entregarnos al llamado de lo sensible y dotarlo de sentido. Inmersos en el proceso creativo, accedemos a una dimensión donde, tal vez, solo estemos reordenando lo que ya existe, como si entre las formas naturales y artificiales, las cosas y las ideas esperaran ser rescatadas para ser. (Hamann 2013).

Tal como hemos mencionado, nuestra propia experiencia artística profesional nos ha enseñado que para hacer hay que saber hacerlo y también reconocer la facultad innata de las propias posibilidades. En otras palabras, el saber hacer en cada disciplina posibilita imaginar con destreza lo imposible dentro del ámbito de lo posible que, impulsado por el deseo, lleva a su realización. Así, el artista crea y transforma la materia, instala su imaginación en el mundo real y lo convierte en verdadero en un espacio que es el devenir de sucesiones continuas de ideas de muchos hombres y mujeres que imaginan y crean.

Entonces, sin duda es la experiencia del hacer lo que abre los márgenes de las posibilidades creativas, lo que lleva a implicarse como ciudadano y a pensar en la ciudad que se habita. Es así que se parte de lo que se sabe para irradiar y enriquecer otros ámbitos sensibles, cotidianos y perceptibles. El artista pues vive y siente su comunidad, lee y percibe en las calles el bienestar y la miseria del prójimo, quiere transformar la realidad, tratar de hacerla más bella, más simbólica y más significativa.

Cabe resaltar que para el artista contemporáneo su mundo es el mundo. Hay que erradicar el viejo mito del artista recluido que crea solo para sí mismo. En ninguna época de la historia del arte un buen artista ha creado solo para sí, porque desde su singularidad él siente la responsabilidad de ser parte de la comunidad a la que pertenece.

El espacio como lugar de interferencias

Pensar el espacio público como la materia que acoge, circunda y habita las ciudades nos permite entenderlo como una zona compartida por todos los elementos que lo ocupan. Estos elementos toman formas estéticas, históricas, geométricas, funcionales, filosóficas o sociológicas y son las características y cualidades esenciales que otorgan una particular significación a las ciudades dentro del espacio que las contiene. Jorge Oteiza (1958) dice:

La arquitectura y la ciudad participan de la misma naturaleza espacial de la obra de arte. Tienen también en común –ciudad y obra de arte– el estar íntimamente relacionadas con un tipo de necesidades humanas y que tratan de resolver (p. 7).



Fotografía: URIBE, Norka. La intromisión de la publicidad en el espacio público: avenida La Marina, San Miguel, Lima, Perú (2014).

El espacio es continente y contenido, y lo que se despliegue en él estará supeditado por su función específica. Por ejemplo: las vías y sus flujos, el transporte público y privado, la arquitectura y sus cambiantes zonificaciones, los espacios públicos y sus monumentos, y la presencia exagerada de carteles con propaganda electoral y comercial que se impone en el espacio de la ciudad. Actualmente, el ruido visual perturba los sentidos y es tan intrincado que difícilmente se puede desenmarañar.

Es por ello que el reconocimiento de los problemas que padecemos en nuestra ciudad requiere del emprendimiento del trabajo interdisciplinario para conectar las habilidades de cada disciplina y enriquecer la posibilidad de localizar, indagar y resolver en conjunto los problemas urbanos. Así como artistas y arquitectos pue-

den dialogar y configurar en un mismo lugar propuestas conjuntas, partiendo de perspectivas distintas, cada vez más nos encontramos con disciplinas de sistemas abiertos que al desplazarse fuera de sus delimitaciones se vuelven permeables a las influencias de las otras y reclaman activamente su complicidad. De esta manera es posible lograr la interdisciplinariedad mediante el intercambio de conocimientos, estrategias, escalas, materiales, funciones y técnicas.

La mayoría de las veces que se toma en cuenta al artista para realizar una propuesta en espacios públicos es cuando el espacio en sí ya está configurado, es decir, la plaza, alameda, paseo o malecón están concluidos y se requiere a posteriori la obra del artista. Eso no es trabajo interdisciplinario, ya que el espacio y la interacción disciplinar se crean desde la germinación del proyecto. Los artistas, así como los diseñadores, arquitectos y urbanistas redescubren la ciudad e intervienen en ella con iniciativas artísticas que le otorgan sentido.

El arte público se integra con el entorno cuando se vincula desde su razón de ser con lo que le pide el contexto. Entender la importancia del arte público dentro de la problemática de hacer ciudad abre al artista contemporáneo nuevas perspectivas de trabajo, amplía su campo disciplinar y potencia sus habilidades al llevarlo al terreno interdisciplinar. El desarrollo de su práctica artística implica conciencia, equilibrio y humildad. Evaluar su comunidad y ponerse al servicio de ella es uno de los fundamentos que hacen posible la práctica artística. La capacidad de pensar el espacio es justamente lo que conecta al artista con la sensibilidad contemporánea; este esfuerzo mental se concentra en el análisis de los espacios que habitamos y se expande desde el rincón personal hasta la ciudad y el territorio.

Por ejemplo, el concepto de lo escultórico se amplía aún más al abordar el tema de hacer arte en el contexto urbano porque la capacidad creativa deberá esforzarse en intervenciones artísticas que logren expresar el sentido del arte al hacer ciudad comunitariamente. Cabe recalcar además que las intervenciones del artista siempre correrán un riesgo político, donde la ética y la creatividad del escultor serán las que logren trascender a nivel simbólico su propuesta artística en el entorno urbano.

El ciudadano como protagonista de la ciudad

Javier Maderuelo en su libro *El espacio raptado* llama “interferencias” a las aplicaciones artísticas que se dan en los espacios urbanos. Así como el espacio ha sido raptado por la arquitectura, nos señala que la escultura, que también ocupa un lugar en el espacio, termina por raptárselo a la arquitectura como parte de su significación. (Maderuelo 1990: 319).

Sin embargo, el ciudadano que interactúa en las calles con su corporeidad es el verdadero protagonista que comparte y siente el espacio. El cuerpo del sujeto, al raptar



el espacio que ocupa en correspondencia con escalas y proporciones, es el que hace que esta convergencia se convierta en interdisciplinaria y que ocupe el lugar intermedio entre el arte, la arquitectura y la calle.

El ser humano se mueve en el espacio que es su entorno, lo interpreta, lo acepta y lo resignifica. Se relaciona permanentemente con su alrededor y recibe referencias sensibles del mismo. Por lo tanto, es en este espacio donde nos ubicamos y nos definimos. Lo construimos en función de las actividades que desarrollamos en él y el uso que le otorgamos. La forma como lo vivimos y compartimos es lo que lo define como una realidad específica. Recordemos que un espacio se convierte en un lugar a partir de la apropiación que la gente hace de él, desde el pensarlo, el construirlo y el habitarlo.

Es en ese momento cuando el arte y el espacio público se amalgaman y se supera la angustia de una conciencia fragmentada. Surge la necesidad de reunir, relacionar y crear organizaciones sintácticas con las formas, objetos y elementos que nos circundan para sentirnos acogidos y ordenar nuestro mundo y recorrerlo. Al respecto, Rosalind Krauss (2006) dice:

En la situación de la postmodernidad, la práctica no se define en relación a un determinado medio –la escultura–, sino en relación a las operaciones lógicas sobre un conjunto de términos culturales, para las que puede utilizarse cualquier medio: fotografía, libros, líneas en las paredes, espejos o la propia escultura” (p. 301).

Trabajo interdisciplinar: ciudad y espacios públicos

El artista contemporáneo trabaja interdisciplinariamente e integra saberes, metodologías, técnicas e instrumentos distintos, y durante su proceso creativo consulta a autores procedentes de ramas diversas. La integración de las artes que persiguió la Escuela de la Bauhaus en la Alemania de los años veinte transmitía la inquietud de entender el mundo a partir de las relaciones de elementos; al cuerpo como elemento en el espacio, y al quehacer como una disciplina necesaria del hombre creativo.

Esa palpitación se tradujo en una escuela de formación de diseño artístico desde lo espiritual para acceder a una propuesta de transformación del pensamiento con múltiples posibilidades. Hay que tener presente que nada es inmutable, pues todo cambia de lugar y de sentido. Así fluyen los modos de hacer, saber y sentir.

La cualidad integradora que surge del proceso creativo es como una onda de resonancias múltiples que se expande e interacciona con otras disciplinas. Solo con esa interacción del trabajo en equipo se logrará que el arte exista dentro de la ciudad.

Cuando las ciudades crecen, a quien menos se le considera es al ser humano. Una ciudad es un espacio con una multiplicidad de elementos que se relacionan visual y funcionalmente, por lo que debiera ser concebida como un conjunto desde su génesis. Es importante imaginarla a partir del conocimiento y respeto de sus preexistencias territoriales, sus estructuras naturales, sus paisajes, sus colores y sus rasgos particulares.



Fotografía: MERINO REYNA, Evelyn. Vista aérea de la plaza Francia, Lima, Perú (2010).

En ese sentido, lo óptimo es generar un proceso creativo que involucre los diferentes modos de desarrollar la concepción urbana e integrarla al panorama natural, ya que esto es lo que la hace única. Es vital trazar ejes de desarrollo urbano, crear jerarquías de ensanches y núcleos cerrados donde el habitante pueda seguir conservando la referencia de la proporción humana y percibir ritmos visuales distintos en diversas escalas, pero organizados en un proyecto general que los contenga.

La intuición, la reflexión, la organización y la metodología para llevar a cabo el proyecto urbano exigen una continuidad sustentada en patrones y lineamientos objetivos del hábitat natural. Una ciudad necesita respirar y nosotros, los habitantes, respirar con ella. Así, para configurar el diseño de una ciudad, de un barrio o de una calle, creemos que debiera proyectarse su posible expansión desde el inicio, considerando las necesidades vitales de las personas que la habitan.

Por ello, desde las variadas disciplinas nos corresponde despertar en la población un vínculo de identificación del entorno con una forma de vida placentera y feliz. El



ciudadano debiera tener un goce estético al caminar la ciudad, tanto por su diseño urbanístico como por sus espacios públicos, sus escalas, arquitectura, ejes y proporciones. Al recorrer sus vías el ciudadano debe reconocer un sentido de orden y belleza en la organización del espacio. Conocer la ciudad es leer con claridad sus trazos y sus símbolos.

Una urbe está llena de elementos con colores y formas distintas, cada uno con sus propios principios, funciones y categorías que se van multiplicando hasta desbordar el espacio que compartimos. La variedad de elementos sensibles y perceptuales que conviven simultáneamente desarticulados se amarran entre sí y crean una trama de mayor complejidad. Estas caóticas constelaciones se configuran a través de relaciones entre el territorio y el espacio, desatando malestar y aturdimiento en los seres que viven en ella, quienes se enfrentan a un desorden desastroso que genera en el habitante un profundo desasosiego. Por ello, es fundamental implicarnos en el proceso de crear la ciudad y trabajar juntos interdisciplinariamente, ya sea como artistas, arquitectos, diseñadores, historiadores, urbanistas, productores, políticos, ciudadanos y economistas para unir conocimientos y valores que gesten nuevas ideas.

El área urbana libre de uso público constituye un componente esencial de la estructura urbanística de toda la ciudad y de cada núcleo de población urbano. Es en los espacios públicos donde se da la movilización de las relaciones físicas, sociales y económicas. Son espacios que acogen una identidad particular y se crean para ser compartidos. Así, las nuevas urbanizaciones se deberían ir configurando según las características determinadas por la demografía y geografía preexistentes en una ciudad en crecimiento. Alberto Alexander señala que: "La formación de parques, plazas y bosques es siempre plausible; deben proyectarse en forma compatible con las necesidades de cada barrio o zona de la ciudad". (Alexander 1927: 10).

En una ciudad como Lima, así como en muchas otras metrópolis, su historia y sus espacios públicos se cruzan y se superponen. Los diferentes eventos históricos, actividades, conmemoraciones, vivencias y transformaciones de su territorio están anclados como huellas, siendo estas las que podrían guiar la conservación del patrimonio histórico como referentes en la conciencia de un pueblo que asume que el presente es la transición del pasado hacia el futuro. Esta observación señala a la memoria como punto de partida y a la planificación urbana como una disciplina del conocimiento que exige la inclusión de diversos especialistas para el desarrollo de la ciudad.

En este punto de encuentro entre la memoria histórica de una ciudad y su transformación urbana se pueden delinear y plasmar materialmente configuraciones artísticas en los espacios públicos sin borrar las experiencias humanas vividas en lugares específicos. La memoria vivifica y marca las pautas de la conciencia de un pueblo porque sella en su superficie la urgente consigna hacia la vida y su reafirmación. Así tenemos que además del historiador, las competencias del urbanista, del planificador que diseña y del artista

que crea, debieran unirse para intentar dar vida a los espacios públicos y dotarlos de sentido.

Como dice Josep María Montaner: “Las preexistencias de las estructuras urbanas y las alternativas son múltiples y diversas. Se trata de reinterpretar críticamente el pasado analizando fragmentos olvidados para formular un radical renacimiento del futuro”. (Montaner 2003: 161).



Fotografía: MERINO REYNA, Evelyn. Vista aérea de la huaca Pucllana Miraflores, Lima, Perú (2010).

En esta imagen se observa que el monumento arqueológico (la huaca Pucllana) está siendo absorbido por el crecimiento urbano. En la planificación de la ciudad estas construcciones preexistentes debieron haber actuado como referentes para configurar y ordenar el desarrollo urbano y su paisaje.



Fotografía: URIBE, Norka. Vista de la huaca Mateo Salado donde se observa el avance inminente de las edificaciones alrededor de ella, Pueblo Libre, Lima, Perú, (2013).



Conclusiones

1. El arte es el espacio de la multiplicidad por excelencia, simplifica la tensión existente entre el hombre y su contexto. Su presencia en el espacio público puede generar conductas, costumbres, rituales y confrontaciones que permitan crear sentido de comunidad a la vez que configuran el entorno. El arte tiene la virtud de albergar todas las contradicciones.

2. La interdisciplinariedad es una cualidad que distingue al arte contemporáneo y su aplicación deberá expandir lo artístico en espacios públicos y crear estrategias sensibles para que el arte exista dentro de la ciudad como presencia vital del ser humano. La interacción con otras disciplinas permite crear de forma organizada contenidos sociales sensibles y adecuados para transcurrir, caminar, atravesar, pensar, contemplar y maravillarnos de la ciudad contemporánea donde habitamos. Para ello, las organizaciones de base en los municipios distritales con sus autoridades, artistas, urbanistas, arquitectos, diseñadores e historiadores deberán crear conjuntamente las normativas que posibiliten nuevos lineamientos para el desarrollo de cada zona de la ciudad. La meta es que los ciudadanos disfrutemos del contexto urbano sin que nos abrumen las zonificaciones improvisadas, rebalses, aglomeraciones, desórdenes y falta de ética y de estética de nuestras autoridades.

3. Es indispensable reconquistar en términos urbanísticos las explanadas, áreas verdes, recorridos interesantes y zonas confortables. De igual modo, se debe repensar al ciudadano como ser humano sensible al espacio y tomar conciencia de que los lugares públicos son áreas compartidas, configuradas para ser vividas con la intención de reafirmar la calidad de vida de sus ciudadanos. El espacio público es además un “continente de interferencias” donde las intervenciones artísticas, en relación con el habitante, forman parte de un plan de desarrollo de la cultura razonada desde lo creativo. En ese sentido, creemos que el mayor logro sería transformar la ciudad en un libro abierto para que la podamos leer claramente como un gran manto tejido de significados culturales, sociales y políticos.

4. Al espacio público se le debe conferir además, desde su origen, la cualidad de ser el “disciplinante” más antiguo para la construcción de conciencia cívica, ya que es también una herramienta de orden político. Irónicamente, una de las acepciones de la palabra disciplina, según el diccionario de la lengua española, dice: “Instrumento, hecho ordinariamente de cáñamo, con varios ramales, cuyos extremos o canelones son más gruesos, y que sirve para azotar”. Haciendo un símil, los varios ramales serían las diferentes disciplinas unidas “interdisciplinariamente” que trabajan en conjunto para regenerar, integrar y conservar el patrimonio cultural de la ciudad, en concordancia con su geografía y su historia, para potenciar las necesidades culturales y artísticas a partir de la planificación y el desarrollo urbano del territorio.

Bibliografía

ALEXANDER R., Alberto

1927 Los problemas urbanos de Lima y su futuro. Lima: Talleres de La Prensa.

HAMANN, Johanna

2015 "La problemática interdisciplinar en las artes. ¿Son disciplinas los distintos modos de hacer? Relaciones posibles con otros ámbitos". On the w@terfront. Barcelona, n° 1, volumen 34, pp. 5-15.

2014 Ese nudo sutil. Catálogo de exposición.

KRAUSS, Rosalind

2006 La originalidad de la vanguardia y otros mitos modernos. La escultura en el campo expandido. Madrid: Alianza Editorial.

MADERUELO, Javier

1990 El espacio raptado, interferencias entre arquitectura y escultura. Madrid: Biblioteca Mondadori.

MONTANER, Josep María

2003 Repensar Barcelona. Repensar el urbanismo. Barcelona: Edicions Universitat Politècnica de Catalunya (UPC).

OTEIZA, Jorge

1958 De la escultura a la ciudad. Monumento a Batlle en Montevideo. Oteiza y Puig 1958-60. Archivo Fundación Museo Oteiza (FMJO). Material preclasificado (Pre)-14. Ver en: goo.gl/Hl6oH1

WORRINGER, Wilhelm

1983 Abstracción y naturaleza. México: Fondo de Cultura Económica.